se revolcó en el polvo. Esta última ocurrencia fué tan sorprendente, que el oculto espectador apenas se dió cuenta de que Bourchier volvió á recoger la navaja y se entregó con ella y su traje á una misteriosa operación antes de arrojar otra vez el arma al suelo. Un ruido de ruedas anunció entonces la aproximación del coche, y la natural modestia de Estoques, de que ya hemos hablado, le obligó á retirarse á prudente distancia, arrastrándose siempre; mas no fué á detenerse tan lejos que no viese todo lo que vió Guillermo y aun algo más que ocurrió después de marcharse éste, como sabe muy bien el lector.

Cuando todo se terminó se sintió Estoques tan sorprendido y trastornado que le fué imposible dedicarse á su ocupación habitual aquella noche y regresó á su choza de Renton, revolviendo mil ideas confusas en su mente é incapaz de darse cuenta clara de lo ocurrido.

CAPÍTULO III

Noticia genealógica y gentes de antaño

Empezaremos por hablar de Roberto Bourchier. Como él mismo hubiera podido decir muy poco de su padre y nada de su abuelo, no habrá inconveniente alguno en tomar su nombre como punto de partida. Después de Roberto Bourchier todo es historia; antes de él fábula y tradición que nada nos importan.

Este Roberto, de origen francés probablemente, reunió una gran fortuna. Ganó su dinero en el comercio, en la primera ciudad marítima del Oeste de Inglaterra; y aunque sus descendientes se vanaglorian de que hizo todo su capital en honrosas transacciones comerciales, no faltan malas lenguas que lo atribuyen al tráfico de esclavos. Sea como fuere, su fortuna alcanzó respetables proporciones y en 1750 le permitió retirarse de los negocios y comprar la

gran propiedad de Casa Roja, en Vesire. El primer Roberto Bourchier murió en 1780.

A su primogénito, llamado también Roberto, le dejó en herencia la hacienda de Casa Roja, lo que permite suponer que dejó bien provistos de fortuna á sus otros hijos.

El segundo Roberto Bourchier hizo la vida de un próspero hacendado rural. La familia se relacionó bien y fué olvidándose aquella mancha de la trata que sobre ella pesaba, de suerte que antes de morir el segundo Roberto ya se les consideraba á él y los suyos como vecinos natos del distrito. Tuvo la fortuna de contraer matrimonio con una joven de buena familia. Aunque no una heredera, poco le importaba ese detalle á su marido, cuyas gruesas rentas le permitían economizar y hallarse por lo tanto en disposición de ir comprando y añadiendo á sus propiedades los terrenos colindantes siempre que se presentaba la ocasión. Con estas adiciones la finca de Casa Roja llegó á convertirse en una posesión magnífica.

Este Roberto dejó dos hijos, Daniel y Esteban, y tres hijas que se casaron y fueron á vivir en los hogares de sus esposos respectivos, donde las dejaremos.

Daniel, hijo mayor y heredero presunto, debió ser, según todas las apariencias, un muchacho de carácter débil y vacilante, que se descarriaba fácilmente y que dió mucho qué hacer á su familia. En los archivos de ésta existen todavía algunas cartas que demuestran cómo antes de cumplir él los veintiún años tuvo que sacarlo su padre de varios lances apurados. Sin embargo, poco antes de cumplir aquella edad se concertó su matrimonio con la hija de un hacendado vecino y el padre del novio se atrevió á esperar que con la vida terminarían las calaveradas de su primogénito. Aquel matrimonio no llegó á efectuarse. La joven rompió el compromiso, por razones ignoradas hasta la fecha, sin que tampoco haya podido saberse si Daniel tomó ó nó á pechos el rompimiento. Lo que sí consta es que dejó su casa, estuvo ausente unos dos años, regresó á

Casa Roja, y poco después, en la cacería inaugural de la estación, murió de una caída de caballo; probablemente lo mejor que podía sucederle.

Roberto Bourchier sobrevivió diez años á su hijo mayor. A su muerte en 1820 se vió que su testamento databa de la época en que parecía seguro y próximo el matrimonio de Daniel. Legaba la Casa Roja á Daniel y muerto éste á su hijo mayor y á los herederos del mismo; y si Daniel moría sin sucesor, el heredero debía ser Esteban, hijo segundo del testador. Como Daniel murió soltero, su padre no se tomó el trabajo de hacer un nuevo testamento, pues el que existía realizaba su deseo: dejar á Esteban la propiedad de Casa Roja.

Luego fué lo que podríamos llamar el reinado de Esteban Bourchier, pues duró hasta 1853. Siguió las tradiciones de su familia, pero no se distinguió de manera marcada. Dos sucesos notables ocurrieron en los treinta y tres años de su administración. Fué el primero el descubrimiento de hierro en gran cantidad en las tierras rojas de aquella parte de su propiedad de la cual tomaba ésta su nombre. Cada tonelada de mineral que se extraía pagaba un tanto respetable al dueño de los terrenos.

El segundo suceso se redujo á una reclamación absurda presentada diez años después del advenimiento de Esteban. El reclamante, un joven de veinte y dos años, en humildes circunstancias, declaró ser hijo legítimo de Daniel Bourchier y pretendió que en virtud del testamento del segundo Roberto él era el dueño de la finca, con sus tierras y pertenencias. Su historia no dejaba de ser bastante plausible. Decía que Daniel se casó secretamente con su madre en 1808 y que él nació á fines de aquel mismo año. Explicaba su largo silencio alegando que su madre había ignorado siempre la verdadera posición de su esposo y que poco después de la muerte de éste se afectó su razón y estuvo loca muchos años. Nunca se supo si Daniel logró enviarle noticia del percance con algún mensajero de con-

fianza, en el corto intervalo que medió desde su caída del caballo hasta su muerte.

La historia del reclamante fué desoída y calificada de absurda, pretendiéndose ver en ella una soez tentativa para sacar dinero. Sin embargo, no hubo la menor proposición confidencial indicando que el pretendiente aceptaría tal ó cual arreglo ó pago á cambio de su silencio. Se comunicó al propietario de la Casa Roja un auto de desposeimiento y á su debido tiempo se vió el asunto ante el tribunal, donde fracasó la reclamación de la manera más lastimosa; tan débiles fueron las pruebas documentales aducidas por el demandante. Numerosas personas declararon que Daniel Bourchier y la madre del reclamante habían vivido maritalmente por espacio de dos años, pero nadie pudo decir cuándo, dónde y por quién se efectuó la ceremonia nupcial. Tan insuficientes resultaron ser los fundamentos de la demanda, que, al desatenderla el juez, hizo algunas observaciones muy severas acerca de los letrados que al parecer, sin más objeto ni incentivo que el de obtener la declaración de las costas del pleito á su favor, inducen á sus clientes á declarar la guerra con armas tan débiles como las que en aquel caso esgrimían. El joven reclamante desapareció y Esteban continuó imperterrito en posesión de la herencia de sus abuelos.

El señor de Casa Roja no tenía mal corazón. No dudaba que el pretendiente era hijo de su hermano Daniel; así fué que cuando se calmó algo la sensación producida por aquella contienda legal, ofreció á su ilegítimo sobrino, por medio de sus abogados, constituirle una pequeña renta anual ó darle una cantidad alzada. Los abogados, hombres precavidos, añadieron á esta oferta la condición de que Jaime Bourchier, como el interesado se hacía llamar, firmase un documento renunciando á sus imaginarios derechos. La oferta fué desechada respetuosamente y allí acabaron las negociaciones.

Quince años después se renovó la reclamación. Adujé-

ronse algunos testimonios nuevos, para evidenciar que la madre de Jaime Bourchier se creía casada legalmente. Pero seguía faltando el documento esencial, la certificación del matrimonio, y sin él volvió á fracasar la reclamación. Esta vez el reclamante parecía tener más recursos que en la época de su primera demanda, y se supo que era ya un negociante bien acomodado, en una pequeña ciudad del Norte; y que hubiera podido prosperar más todavía, comentaban las gentes, si hubiera dejado su dinero invertido en negocios en lugar de gastarlo en indagaciones infructuosas buscando una partida de matrimonio que no existía y en pagar abogados que se encargasen de defender su inesperada causa.

Pero eso era cuenta suya. Hombre reservado y tranquilo, no gustaba de pregonar sus agravios. Sólo él podía apreciar la fuerza de su convicción y la firmeza de sus propósitos. Conocíasele generalmente con el nombre de Boucher. Probablemente los deudos ó amigos que se encargaron de él en su huérfana niñez suprimieron las otras dos letras del apellido porque lo afrancesaban, y por aquella época los ingleses odiaban todo lo que era francés. Por lo pronto se contentaba Jaime con el apellido de Boucher y con él se había dedicado al comercio, mientras llegaba el momento de recobrar el suyo propio, desposeyendo á la rama menor de la familia. Porque Jaime Boucher ó Bourchier, aunque identificado por completo con la vida y hábitos de sus colegas del comercio, conservaba tenazmente su creencia, su fe inalterable en la validez del matrimonio de sus padres. Casóse con una joven de su misma condición social, digna compañera que lamentó más de una vez la costosa monomanía de su marido, de la cual no intentó disuadirlo porque en aquel punto era obstinado é intratable. La madre de Jaime murió loca en 1843, sin intervalo lúcido que le hubiera permitido disipar todas las dudas.

Jaime Boucher tuvo un solo hijo. Muchacho vivo y osado, algo correteador, poco se le importaban los derechos de su familia á una gran fortuna, idea que desde niño le había inculcado cuidadosamente su padre. A los diez y ocho años se embarcó para los Estados Unidos con el objeto de labrar su fortuna por sí mismo.

Esteban Bourchier no volvió á verse molestado por la absurda reclamación. Murió en 1853, algunos años después que su esposa; en la iglesia de Renton se erigió artístico monumento á su memoria, y su hijo Felipe Tremaine Bourchier le sucedió en el dominio de Casa Roja. Tuvo Esteban otros hijos, pero observando la costumbre tradicional de su familia dejó aquella finca al primogénito.

Sin embargo, á pesar de la tradición, muchos creían que Esteban desheredaría á su hijo mayor. Felipe no había sido buen hijo y su vida distaba mucho de ser ejemplar. Su padre tuvo que pagar por él gruesas sumas, y aunque su fortuna le permitía hacer esos desembolsos sin gran esfuerzo, le dolían profundamente porque había heredado los hábitos de economía del fundador de la familia. Pero si tuvo tales propósitos debió modificarlos á última hora, pues dicho queda que la Casa Roja pasó á ser propiedad del hijo mayor, según costumbre.

A imitación del príncipe Hal (1) de que nos habla la historia, cuando Felipe subió al poder dejó tras sí las locuras de su juventud. Se casó bien, representó el papel de magnate en la comarca, llegó á hacerse pasablemente popular y reveló un nuevo rasgo en el carácter de los Bourchier, la ambición política. Su familia había echado tan buenas raíces en el Vesire, que á los diez años de la muerte de su padre fué elegido sin oposición miembro del Parlamento por el distrito de Casa Roja.

No le dejó completamente tranquilo aquel modesto comerciante tan aficionado á los pleitos. En 1862 volvió el asunto ante el tribunal, y aunque se habló de nuevas é

(1) Después Enrique V de Inglaterra, el vencedor de Agincourt.

importantes pruebas, las presentadas fueron pocas en número é interés, tanto que los amigos del reclamante se admiraron de su locura. Pero Jaime Boucher sabía lo que hacía. Su objeto no era otro que renovar la demanda dentró del plazo legal, para evitar que prescribiese la acción. Con esto impedía que la que él llamaba rama menor de su familia se viese confirmada definitiva é irrevocablemente en la propiedad de Casa Roja, por haberse hallado en posesión continua é indisputada de la finca durante el plazo fijado por la ley para conceder justo título.

Felipe Bourchier pagó su parte correspondiente de las costas, no sin maldecir cordialmente al porfiado mercachifle. El estaba convencido, como su padre, de que la reclamación era absurda, pero le irritaba. Una vez tuvo que tomar algún dinero sobre sus tierras, porque no era tan económico como sus predecesores y además su entrada en el Parlamento significaba mayores gastos. Entonces supo cuán desconfiados son los prestamistas y cuán alto el interés que exigen. La propiedad raíz de un personaje debe estar, como la esposa de César, exenta de toda sospecha, aun de la más leve sombra. Jaime Boucher no volvió á hostilizarle desde 1862 y por último recibió la noticia de su muerte, con lo cual se atrevió á esperar que habría terminado aquella larga serie de molestos y costosos litigios.

A raíz de la muerte de Jaime Boucher hizo el dueño de la Casa Roja un descubrimiento que convirtió en verdadera espada de Damocles lo que hasta entonces no había sido más que un disgusto y una molestia renovados de tiempo en tiempo. Buscando autógrafos entre viejos papeles de familia para un amigo coleccionista, halló una carta cerrada dirigida á la esposa de Daniel Bourchier. Estaba fechada el mismo día en que su tío perdió la vida, y sin duda lo repentino de su muerte impidió que la carta fuese enviada á su destino. Comenzaba con las palabras «Mi querida esposa» y estaba firmada «Tu marido que te ama

Daniel.» Estas frases de cariño por sí solas no hubieran preocupado mucho á Felipe; lo de esposa y marido podía no pasar de meras palabras: pero un párrafo referente al niño aludía, como suceso ya realizado, á la celebración del matrimonio y decía cuánto se alegraba el autor de la carta al pensar que ni los padres tenían ya nada que echarse en cara, ni el pequeñuelo se avergonzaría jamás ante la censura del mundo. Al leer aquel párrafo comprendió Felipe que Jaime Boucher era hijo tan legítimo como él y que si algún día se llegase á descubrir dónde se había celebrado el matrimonio, la propiedad de la Casa Roja pasaría de sus manos á las del modesto comerciante.

Reciente estaba todavía aquel descubrimiento en su memoria, y perturbándole el ánimo, la noche en que condujo de Braley á Renton, en su propio coche, á un sujeto pobremente vestido, á quien tuvo que matar en el camino en defensa de su vida.

Es imposible que el jefe de una familia pueda volver á su casa en el estado lastimoso en que regresó Bourchier aquella noche, sin ocasionar gran consternación entre sus deudos. No sólo presentaba señales externas y visibles de una empeñada lucha, sino que debajo de la ropa, en el costado izquierdo, tenía un ligera herida causada por la navaja del asesino. Su esposa sus hijas y un hijo que se hallaba en casa de los dos que tenía, le contemplaban aterrorizados al oirle relatar su aventura y daban gracias á Dios por haber librado tan misericordiosamente de la muerte al amado esposo y padre.

Por mucho dominio sobre sí mismo que tenga un hombre, á duras penas puede conservar su calma habitual tras un encuentro como el de aquella noche; y así nadie extrañó que Bourchier contestase brevemente al cúmulo de preguntas que le dirigieron, ni que muy pronto manifestase el deseo de retirarse á descansar. Una vez á solas con su

esposa le rogó que no le hablase más del asunto, á lo menos por aquella noche.

—Tengo que levantarme al amanecer,—dijo.—Perdí mi cartera en la lucha y después no pude dar con ella.

—¿Pero no podría ir á buscarla uno de los criados?—preguntó su esposa.

—No, he de ir yo mismo. Contiene dinero y documentos de gran valor. Dí á tu camarera que avise que necesito el caballo ensillado al amanecer ó algo antes.

De Bourchier podía decirse que tenía nervios de acero. Dormía siempre profunda y sosegadamente, de modo que su esposa se admiró mucho al verse despertada por él una ó dos horas después de haber cruzado aquellas palabras.

—Nu puedo dormir,—le dijo su marido en voz baja y ronca.—Dame un poco de cloral, ó lo que sea.

Había cloral en la alcoba y Bourchier tomó una dosis muy fuerte para quien, como él, no tenía costumbre de usar aquella substancia; su esposa permaneció despierta hasta que la regularidad de la respiración de su marido le indicó que se había dormido. Durmiendo seguía cuando ella se despertó por la mañana y estuvo un buen rato sin atreverse á llamarlo, hasta que recordó sus órdenes terminantes de la noche anterior. Lo despertó y en pocos momentos se disiparon los efectos del narcótico y se levantó sobresaltado. Era de día.

—¡La hora, la hora! ¿Qué hora es?—preguntó impaciente.

Su esposa se lo dijo.

—¡Y me has dejado dormir!—exclamó ásperamente, vistiéndose á la vez que hablaba.—¿Está listo el caballo?

El caballo le esperaba ensillado, al cuidado de un lacayo que sólo esperaba verse libre de él para ir á almorzar. Bourchier acabó de vestirse rápidamente y sin probar bocado saltó en la silla y partió á escape.

El viento había cambiado durante la noche y había caido bastante nieve, que cubría el suelo en una pulgada de

espesor. De ello se alegró Bourchier, porque la nevada disipaba todos los vestigios de la supuesta lucha de la noche anterior. Poco le costó hallar el lugar del suceso. Recordaba muy bien un pequeño abeto que alzaba allí sus ramas secas y deshojadas prematuramente, entre los otros árboles verdes y frondosos de su misma especie. Sucede con frecuencia que en momentos supremos, en las situaciones más terribles, un objeto cualquiera ó un detalle trivial se graban indeleblemente en la memoria. En la de Bourchier estaban íntimamente asociados aquel arbolillo seco y los sucesos nocturnos de la víspera.

Aunque no tan temprano como hubiera deseado, esperaba llegar á tiempo para recuperar la perdida cartera. En el camino de la cuesta la nieve no presentaba señal alguna, porque ambos lados del cerro estaban cubiertos de bosque y los trabajadores de las haciendas nada tenían que ir á buscar en aquella dirección. Lo único que interrumpía la tersura de la blanca superficie era el doble surco trazado en ella por las ruedas de una carreta. Bourchier hizo andar á su caballo lo más aprisa que pudo y pronto llegó al lugar que tan presente tenía. Las huellas recientes de la carreta llegaban hasta allí y continuaban en cuanto alcanzaba la vista; pero la nieve, en muchas varas alrededor del terrible centro, estaba pisoteada en todas direcciones.

Desmontó y miró en torno cuidadosamente, aunque presentía la inutilidad de sus pesquisas. Buscó por todas partes sin hallar ni señales de la cartera, como no halló tampoco otro objeto que había depositado cuidadosamente la víspera á corta distancia. Contraídos los delgados labios, montó otra vez á caballo y regreso á su casa para hacer frente, lo mejor posible, á las preguntas, pésames y enhorabuenas que allí le aguardaban. Tales atenciones no podían faltar, en abundancia, á un miembro del Parlamento que la noche anterior se había librado de un malhechor matándolo á tiros.

Por muy madrugador que hubiese estado aquel día Felipe Bourchier, otro había madrugado más que él. Al dormirse Jaime Estoques la noche anterior lo hizo también con el firme propósito de visitar cierta interesante porción del camino de Braley á Renton, al romper el día. El sueño que Bourchier obtuvo del cloral se lo pidió Estoques á la ginebra, y tampoco el cazador furtivo estuvo tan madrugador como hubiera querido. Careciendo de mujer á quien echarle la culpa, cargó él mismo con ella, cosa que no suelen hacer las gentes de su laya, pues por lo general lo primero que se les ocurre es blasfemar y maldecir su suerte. Aquella manía de ocultarse y escurrir el bulto que ya conocemos, le hizo apartarse de la carretera y meterse por determinados senderos que cruzan la Cuesta y que le llevaron á su destino. Y tuvo allí mejor suerte que Bourchier, porque encontró lo que había ido á buscar y se volvió á su cabaña por el mismo apartado camino, ansioso de examinar á sus anchas un saco de mano hallado en el lugar de la tragedia. La huella de sus pasos fué la que algo más tarde notó Bourchier sobre la nieve.

No faltó quien madrugase más que los dos personajes anteriores. El labriego Davis, que tenía arrendada la Hacienda de los Berros, perteneciente al señor Bourchier y situada en la ladera de la Cuesta que mira á Renton tuvo que ir á Barton aquella mañana, aunque no era día de mercado. Bebedor moderado de ginebra y no habiendo oído hablar jamás de cloral, se levantó á la hora que se había propuesto, y las ruedas de su carreta fueron las primeras que dejaron obscuras huellas en la blancura inmaculada de la nieve. El buen labriego contemplaba con aire complacido los abetos cubiertos de nieve, mientras arreaba su caballejo cuesta abajo aquella alegre mañana de invierno. Hubiérase creído al verle así que era, sin él saberlo, ferviente admirador de la Naturaleza; aunque nada se ganaría con decírselo, porque de seguro respondería que tales cosas «no estaban en su cuerda.» Y sin embargo, no

dejaba de apreciar el efecto de la nieve que cubría campos y árboles y que, como él decía, le recordaba «la escena del teatro»; porque es de saber que había estado una vez en el teatro de Barton y la habilidad del pintor escénico había producido en él honda impresión. Iba pues mirando los abetos cubiertos con su blanco ropaje, y entre ellos fijóse su atención en uno situado cerca ya del pie de la pendiente colina. Al verlo tiró de las riendas y detuvo su caballo.

—Muchas y muy raras cosas he visto en mi vida, se dijo, pero jamás que los árboles dieran carteras.

Porque en la rama más baja del arbolillo que contemplaba se veía una cartera negra cuidadosamente posada, como si hubiera sido puesta allí adrede y no arrojada al azar.

Con varias exclamaciones de asombro acercó la carreta todo lo que pudo al ribazo que formaba el borde del camino, y puesto de pie en ella sacudió la rama con el látigo hasta que cayó aquel extraño fruto del abeto. Recogió la cartera, pero no se detuvo á examinarla. El tiempo pasaba y á todo labriego del Vesire que tiene que viajar por ferrocarril le gusta hallarse en el andén lo menos un cuarto de hora antes de la llegada del tren, aun tratándose del temible empalme de Milton.

Cuando se vió cómodamente instalado en un coche del tren empezó á examinar su hallazgo. Era una cartera larga, de tamaño suficiente para contener documentos. Había en ella buen número de papeles, alguno de los cuales parecía desteñido por el tiempo. No era el buen labriego lector muy rápido, así es que aplazó el descifrarlos. Pero había entre los demás un papel que reconoció en seguida, un billete de cinco libras del Banco de Inglaterra. La presencia de aquel billete decidió la suerte de la cartera. Si ésta no hubiese contenido más que documentos, interesantes sólo para su dueño, hubiera esperado probablemente á que éste los solicitase;pero puesto que contenía dinero ha-

bía que enviarla inmediatamente á su propietario, cuyo nombre aparecía por cierto impreso en el interior con letras doradas: «Jaime Bourchier, Calle Alta, Norton.»

Despachó sus asuntos en Barton y antes de regresar á su casa fué, según costumbre, á fumar una pipa y tomar un trago en la «Posada del Ferrocarril.» Era de aquellos hombres que se sulfuran cuando alguien se atreve á suponer ó indicar que la escritura es para ellos arte difícil y delicada operación, pero que sin embargo prefiere siempre que otro les sirva de amanuense. Solicitó, pues, de la posadera, respetable matrona de cincuenta años sonados, que envolviese la cartera en una hoja de papel y la dirigiese á las señas impresas en el interior de la misma.

—¿Cuánto costarán los sellos? preguntó cuando la buena mujer acabó de escribir las señas.

Pesó ella el paquete y le dijo que con tres peniques bastaba para el franqueo. Era el tío Davis hombre honrado á carta cabal, pero muy económico.

—Tres peniques son tres peniques, dijo. Hágame usted el favor de escribir unas líneas y ponerlas dentro de la cartera, diciendo: «Muy señor mío: Yo he encontrado su cartera y los sellos cuestan tres peniques y sírvase mandar esta cantidad á M. Davis, Hacienda de los Berros, Renton.»

Y hé aquí cómo la cartera del muerto fué empaquetada, dirigida y enviada por el correo á su presunto dueño, llevando dentro la cuenta de gastos del tío Davis.

Jaime Boucher había muerto hacía algunos meses, pero los empleados del correo de Norton lo conocían perfectamente; y en lugar de abrir el paquete y devolvérselo al remitente con la frase obligada: «Muerto—sin señas,» estampada en él, no faltó uno de dichos empleados que, prescindiendo de la rutina, se tomase el trabajo de averiguar quién era el representante legal de Jaime. Consiguió su objeto con alguna dificultad, y tres semanas después un cartero entregaba el paquete en el número 72 de la calle Gay, Londres, dirigido á Juan Boucher, hijo único del finado.

Lejos estaba de imaginarse el labriego Davis que su respetable arrendador le hubiera regalado de mil amores la Hacienda de los Berros, á cambio de los papeles contenidos en aquella modesta cartera.

CAPITULO IV

Compañeros de hospedaje

La calle Gay no figura entre las más distinguidas de Londres. Ni aun los agentes de casas que tienen una por alquilar en aquel vecindario se atreven á llamarla otra cosa que una calle «decente.» Es una de tantas y tan parecidas inmediatas á Regent Canal. Las casas son de buen aspecto, de dos pisos, con tres escalones ante la puerta de entrada y con un pequeño espacio cercado al frente, para impedir que los paseantes puedan aproximarse hasta mirar por las ventanas el piso bajo. Si se llama á la puerta de una de aquellas casas, lo más probable es que la criada, antes de abrir, inspeccione al visitante desde las profundidades de aquel espacio cercado, para decidir si conviene abrir la puerta ó si el pelaje del que llama es tal que le permite ser recibido y explicarse al aire libre.

He aquí el plano de construcción de una casa de la calle Gay: en el piso bajo una habitación que da al frente de la casa, con mueblaje obscuro de caoba y crin, estilo antiguo y sólido. Esta habitación es el comedor y comunica por puertas corredizas con una alcoba que queda atrás. El primer piso es exactamente igual en tamaño y distribución. El cuarto del frente se llama la sala y por lo regular tiene sillones y sofás de colores vivos, verde, azul ó rojo, con una alegre alfombra y cortinas formando juego. Más arriba hay otras alcobas, ocupadas por la dueña de la casa, que es siempre una viuda, por las personas de